11413

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

UN DIA DE PRUEBA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID:
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1858.

13

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña:	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago:	Escribano.
Soria.	Roja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

UN DIA DE PRUEBA,

DRAMA ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representado por primera vez en Madrid, en el teatro de Novedades, en Abril de 1858.

IMPRE

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DEL DIARIO DE CÓRDOBA. S. Fernando n.º 34.

).

La propiedad de este drama pertenece á su autor, y nadie sin su permiso podrá reimprimirle ni representarle en España ni sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria lírico-dramática El Teatro, *son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.*

AL SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Querido Pepe:

A pesar de que nuestras opiniones políticas son diametralmente opuestas, nuestra amistad ha permanecido siempre inalterable desde la infancia, y me lisonjeo de que durará tanto como nuestra vida.

Nunca podré pagarte las muchas pruebas de sincero afecto que me has dado; pero á lo menos, estampando tu nombre al frente de mi obra mas querida, la honraré con él, y te ofreceré al mismo tiempo un público testimonio del fraternal cariño que te profesa

José María Gutierrez de Alba.

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA, esposa de D. Juan.	D.ª Maria Rodriguez.
ISABEL, hermana de la anterior..	D.ª Salvadora Cairon.
D. JUAN.....	D. José Valero.
EMILIO.....	D. Antonio Zamora.
D. LUIS, amante de Isabel...	D. Antonino Bermonet.
BLAS, mudo.....	D. Pedro Maffei.
ANTONIO, criado de D. Juan.	D.
UN CRIADO.....	

La accion pasa en una quinta cerca de Madrid: dura veinticuatro horas.—Año de 1857.

ACTO PRIMERO.

Galería lujosamente amueblada, al fondo verja practicable que da paso á un jardin, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. Luis, Antonio.

Luis. Aqui estoy. Y á la verdad que he tardado muy poco tiempo en el camino.

Ant. Pues no le esperaban á usted tan temprano.

Luis. He querido gozar del fresco en esta mañana deliciosa. ¿Y tu amo?

Ant. Ya hace un rato que está en el jardin. Iré á avisarle...

Luis. Avisa antes á mi primo.

Ant. ¡Ah! ¿al señorito Emilio? Creo que ha salido ya. Hace un cuarto de hora que mandó ensillar un caballo, y...

Luis. Mira si está ahí todavía, y dile que le espero.

Ant. Muy bien. ¿Y si ya no está?

Luis. De cualquier modo, avisas luego á tu señor mi llegada.

Ant. Voy al instante. (*Váse por la puerta de la izquierda.*)

669053

ESCENA II.

D. Luis, *luego* Emilio.

Luis. No sé por qué estoy temiendo que Emilio haga aquí alguna de las suyas. Casi me pesa haberle traido á esta casa. A ser menor el riesgo, hubiera sido una imprudencia... Pero... yo exagero mucho el peligro. Es imposible que se atreva á abusar... Aqui viene; exploré-mosle mientras llega don Juan.

Emil. (*En traje de caza.*) Adios, Luis.

Luis. Adios.

Emil. Me avisaron de tu llegada, y vengo á saludarte; pero me voy corriendo.

Luis. Espera un momento, que tengo que decirte.

Emil. Pues; alguna de tus cosas.

Luis. Pero, Emilio; ¿aun no te has cansado de hacer locuras?

Emil. ¡Bah, bah! Chico, deja que llegue á tu edad, y entonces seré tan grave y pacífico y respetuoso como tú.

Luis. Sin embargo, creo que sabrás conducirte dignamente con una familia á quien debemos tantos beneficios.

Emil. Hasta ahora nada tengo que echarme en cara. Nunca he guardado á nadie tantas consideraciones. Don Juan quisiera tenerme aquí siempre encerrado... ¡Jamás he visto un hombre con mas miedo á la policía! Y si no fuera porque yo alguna que otra vez me apodero de sus caballos, y satisfago, á pesar suyo, esta necesidad de movimiento que me consume, preferiria estar encerrado en un calabozo.

Luis. Ya sabes que no dejan de perseguirte.

Emil. Si, pero no temo que me encuentren. ¿A quién diablos se le ocurre que el cordero se albergue tan cerca de la guarida del lobo? Te confieso, primo mio, que esta vida me cansa y me fastidia. Ya siento no haberme pronunciado por el partido contrario. Ya se vé; si uno pudiera adivinar los sucesos...

Luis. Me da compasion el escucharte.

Emil. ¡Pobre Luis! ¡á tus años qué poco conoces el mundo! La ciencia social y política, estriba en saber colocarse en buen terreno, para coger el fruto del trabajo del

prójimo. Lo que siento es haberme equivocado ahora en mis cálculos. Pero dias vendrán en que se pueda recobrar lo perdido.

LUIS. ¡Emilio!...

EMIL. Conque hasta luego. Estoy de prisa.

LUIS. ¿A dónde vas?

EMIL. No lo sé, por ahí. Carolina ha salido esta mañana temprano, y quiero encontrarla antes que vuelva á la quinta. ¡Qué mujer, chico, qué mujer! ¡Qué imaginacion! Su cabeza es...

LUIS. (*Ap.*) Una novela.

EMIL. En fin, me tiene encantado. ¡Lástima que esté casada con un viejo!

LUIS. ¡Estás loco!

EMIL. No te alteres, Luis, no te alteres.

LUIS. ¿Serias capaz de abusar?...

EMIL. (*Con afectada severidad.*) Soy incapaz de turbar el reposo de una familia.

LUIS. A lo menos de una familia que te honra y te protege.

EMIL. ¡Pero es tan hermosa!... tan...

LUIS. Emilio, en nombre del cielo, ¿has cometido alguna imprudencia?

EMIL. Te confieso que, hasta ahora, no tengo nada, absolutamente nada, de que arrepentirme. Sin embargo, tengo que hacer esfuerzos para dominarme. Aquellos ojos... aquella boca... y luego interesa tanto una jóven casada con un viejo! No, y la otra tambien me gusta: ¡tan modesta, tan tímida!... Isabel es un ángel; y si no fuera porque sé lo mucho que la amas y que vas á casarte con ella... Pero tampoco la he dicho ni aun siquiera esta boca es mia.

LUIS. El hombre honrado debe respetar la virtud donde quiera que se encuentre.

EMIL. ¡La virtud! ¡Oh! sí, la virtud es... una cosa de que se habla mucho.

LUIS. Y que no conoce sino el que es capaz de practicarla.

EMIL. ¡Pobre Luis, crees aun en la virtud de las mujeres!

LUIS. Fuera tan infeliz como tú si no creyera en ella.

EMIL. Chico, tu credulidad es bien extraña en el siglo que atravesamos.

LUIS. En fin, Emilio, creo que no me harás arrepentirme de haberte presentado en esta casa.

EMIL. ¡Oh! en cuanto á eso pierde cuidado. Carolina tiene su esposo; Isabel ya casi te pertenece, y la propiedad es para mí una cosa muy respetable. Mira: allí viene don Juan con el mudo: el ente mas cócora que ha producido la naturaleza. No da Carolina un paso que él no espie. Siempre va detrás como un faldero... y hasta para faldero es feo. Es el bicho que mas me carga en la quinta.

LUIS. (*Dirigiéndose al foro.*) Voy á recibir á don Juan.

EMIL. (*Dirigiéndose á la puerta izquierda.*) Y yo en busca de Carolina, que ya va tragando el anzuelo. (*Vánse. Don Luis llega hasta la verja y baja despues con D. Juan, seguidos ambos del mudo.*)

ESCENA III.

D. JUAN, D. LUIS, BLAS.

LUIS. Muy buenos dias, amigo don Juan.

JUAN. Felices, querido doctor.

LUIS. Esto sí que es gozar de la vida, amigo mio. Una quinta excelente...

JUAN. La he comprado solo por complacer á mi esposa. A ella le gusta mucho pasar algunas temporadas en el campo, y luego como está tan cerca de Madrid... Blas, ¿se ha levantado ya la señora?

BLAS. (*Hace un movimiento de cabeza afirmativo.*)

JUAN. Anda, avísale que está aquí el doctor.

BLAS. (*Hace un movimiento negativo.*)

JUAN. ¿Qué quieres decir?

BLAS. (*Imita el movimiento de un caballo que galopa.*)

JUAN. Ya lo entiendo: ha salido á caballo.

BLAS. (*Hace una señal afirmativa.*)

JUAN. Es una imprudencia. ¿Y ha salido sola?

BLAS. (*Hace un movimiento negativo, y dando en el suelo una fuerte patada, hace como que se retuerce el bigote.*)

JUAN. Ya: ha ido con ella Emilio.

BLAS. (*Hace una señal afirmativa.*)

LUIS. ¡Pobre mudo! ¿Y sabe usted que es una prueba rara de fidelidad la que dió á usted ese hombre?

JUAN. Ciertamente: á él debo el haber podido conservar mi fortuna. Acércate, Blas.

LUIS. Pero la lengua...

JUAN. Completamente mutilada.

LUIS. ¡Qué crueldad! ¿Y cómo fué el caso? Me ha ofrecido usted referírmelo con todos sus pormenores, y...

JUAN. Escuche usted. Estábamos solos él y yo en una casa de campo, cerca de Zaragoza. De esto hace ya mas de veinte años. Entonces habia yo hecho algunos negocios que habian triplicado mi capital. Los azares de la guerra civil, á la sazon muy encarnizada, nos tenian en una agitacion constante. Yo estaba tachado de liberal entre ciertas gentes, y recibia de continuo daños de consideracion en mis heredades; hasta tal punto, que determiné venderlas todas y venirme á avecindar á la córte, conservando sin embargo aquella casita, á orillas del Ebro, que fué donde murió mi madre. Habitábamos en ella Blas y yo solos, y ambos únicamente sabiamos el lugar en que mi tesoro estaba escondido. Salí una tarde hácia Zaragoza, donde debia permanecer hasta el dia siguiente, y en aquella noche una horda de foragidos asaltó la casa, creyéndome en ella sin duda, y exigieron de Blas que revelase el sitio donde estaba oculto el dinero. Pero ni las amenazas ni el castigo bastaron para vencer su obstinado silencio; y viendo que el dia se acercaba y que no podian hacerle hablar, desahogaron su furor mutilándolo de esta suerte; y maltratándolo de una manera horrible, se alejaron despues de buscar inútilmente su codiciado tesoro. Desde entonces el infeliz se halla en un estado de insensibilidad muy semejante á la estupidez ó al idiotismo.

BLAS. (*Que ha acompañado con la accion algunas de las palabras de su amo, hace con la cabeza repetidas señales afirmativas.*)

LUIS. Es una fidelidad de que habrá muy pocos ejemplos. Debe usted quererle mucho.

JUAN. Tanto, que todo lo que hay aquí es de Blas, y mientras viva no le separaremos de nuestro lado.

BLAS. (*Se enjuga una lágrima y besa la mano de D. Juan con marcado enternecimiento.*)

JUAN. Aquí cultivamos juntos algunas flores. Isabel y Carolina lo quieren mucho. Él está contento... (*Blas hace una señal negativa.*) y vive con nosotros como un miembro de la familia. ¿Es verdad? (*A Blas.*)

BLAS. (*Mira con fijeza á D. Juan y D. Luis, y sin dar señales de asentimiento se marcha por el fondo, como agitado por un dolor oculto.*)

JUAN. Eso sí, tiene algunas rarezas...

ESCENA IV.

D. JUAN, D. LUIS.

LUIS. Vamos á otra cosa. ¿Y mi primo Emilio? ¿Qué juicio ha formado usted de él?

JUAN. Si he de decir la verdad, me parece hombre de poca reflexion. Yo lo quisiera menos atolondrado. Sin ver el peligro en que se encuentra, ni el compromiso en que puede ponernos, entra y sale á todas horas, expuesto á que lo olfatee la policía y tengamos todos un disgusto.

LUIS. No sé cuándo habrá de sentar la cabeza.

JUAN. Por otra parte, es demasiado jóven; no advierto en él ideas fijas, y lo que es mas, ni creo que sea la conviccion de principios quien le ha hecho tomar parte en esa malhadada conspiracion, por la cual han padecido ya tantos infelices.

LUIS. ¿Y qué partido cree usted que debemos tomar?

JUAN. De un momento á otro debo recibir para él un pasaporte con nombre supuesto, de lo cual se ha encargado un amigo de confianza.

LUIS. Si, lo mejor de todo es que salga al instante para Inglaterra.

JUAN. Mi recomendacion hará que allí nada le falte, y en tanto que se publica una amnistía...

LUIS. Gracias, señor don Juan. Emilio ha encontrado en usted un padre, y no en vano recurrí á usted para que lo salvara.

JUAN. Vamos, no hablemos de eso. Siendo cosa de usted, desde luego es mia.

LUIS. Gracias. Ya sé que usted me estima demasiado.

JUAN. Pues qué, ¿no es nada lo que á usted le debemos?

LUIS. ¿A mí?

JUAN. A usted, que me ha sacado mas de una vez de las garras de la muerte.

LUIS. La Providencia...

JUAN. No lo niego; pero cuente usted tambien por algo los cuidados del doctor. Aquí viene Isabel.

ESCENA V.

ISABEL, DICHOS.

ISAB. Buenos dias.

JUAN. Muy buenos.

LUIS. Señorita...

ISAB. Hola, señor doctor, tempranito.

LUIS. El deseo de ver á ustedes...

ISAB. Gracias.

LUIS. ¿Y cómo no ha sido usted de la partida?

ISAB. No encuentro un gran placer en la equitacion ni en la caza. Ya sabe usted que mis gustos son mas de mujer, si me es permitido explicarme así, sin ofender á las que, como mi hermana, los tienen contrarios. No he amado nunca la agitacion ni el bullicio. Soy naturalmente inclinada á la quietud, y las impresiones fuertes me proporcionan mas sufrimientos que goces.

LUIS. Cada uno comprende la mujer á su modo: yo ciertamente no podria comprenderla sino rodeada de esa timidez, de esa dulzura, que guarda una perfecta armonía hasta con la delicadeza de sus formas.

ISAB. Usted me lisonjea.

LUIS. Yo no puedo hacer á usted mas que justicia.

JUAN. La ley del contraste, doctor. A usted le gusta el carácter de Isabel, precisamente porque el de usted es todo lo contrario; porque la fortaleza ama siempre á la debilidad.

LUIS. ¿Yo acaso?..

JUAN. ¿Quién le obligó á usted á aceptar una plaza en la marina de guerra, sino el deseo de experimentar esas fuertes emociones que ofrece la inconstancia de las olas?

LUIS. Verdaderamente he gozado mucho en mis viajes; pero tambien he sufrido mucho. Confieso que el hombre engrandece su corazon en los peligros; que solo al contemplar la naturaleza en esos cuadros maravillosos é imponentes, puede elevarse el alma á regiones desconocidas; pero al fin, todo cansa, y al cabo de cierto tiempo, desea el hombre el reposo de una vida menos tur-

bulenta, y entonces encuentra nuevos placeres en los recuerdos. A los treinta y seis años se ve el mundo de un modo muy distinto que á los veinte.

JUAN. Y de otro modo se ve tambien á los sesenta.

ISAB. Pues yo lo he visto siempre de un mismo modo. Es verdad, que para mí no ha habido mas mundo que las flores de mi jardin y los canarios de mi pajarera.

LUIS. Y ojalá no penetre usted nunca otros misterios.

ISAB. ¿Y por qué?

LUIS. Porque el mundo no ofrece mas que desengaños y sinsabores.

ISAB. Eso me dice siempre don Juan.

LUIS. Y sin embargo, á pesar de su edad, no lo conoce bastante. Juzga siempre á los hombres por sí mismo, y él es demasiado bueno para que todos se le parezcan.

JUAN. Vamos, vamos, doctor: ya le he dicho á usted muchas veces que ha equivocado su carrera. Haria usted un predicador excelente. Pero ahora no se trata mas que de pasar el dia lo menos mal posible; y para dar principio, propongo á ustedes un paseo por el jardin, mientras vuelven los cazadores.

LUIS. Acepto.

ISAB. (*A D. Luis.*) Y yo el brazo de usted para que me sirva de apoyo.

LUIS. (*Ofreciéndose'o.*) Con mucho gusto.

JUAN. Aquí viene Blas con Antonio. Les diré que hagan preparar el desayuno. (*Habla con ellos por lo bajo, y salen por el fondo.*)

ESCENA VI.

BLAS, ANTONIO.

ANT. Señor Blas: es necesario que usted me ayude. El amo ha mandado disponer el desayuno, y querrán á su vuelta encontrarlo todo dispuesto.

BLAS. (*Hace un movimiento negativo.*)

ANT. ¿Que no me ayuda usted, eh? Bueno. Asi como asi no me hace usted maldita la falta. (*Se asoma por la puerta derecha como para dar algunas órdenes, y vuelve á salir con otro criado que le ayuda á poner la mesa. Mientras tanto, Blas se asoma á la verja del fondo, como espiando*

los movimientos de alguno que se halla distante.)

ESCENA VII.

UN CRIADO. DICHOS.

ANT. (*Mientras colocan el servicio de mesa.*) Mira, mira el mudo. Para eso tiene habilidad, para andar siempre espiando los pasos que cada uno da en la quinta.

CRIADO. ¡Qué buen agente se pierda la policía secreta!

ANT. Si; pero le hace falta lo mejor. (*Señalando á la lengua.*)

CRIADO. Quién sabe si sería lo peor.

ANT. Hablo para la policía.

CRIADO. ¿Cuántos cubiertos pongo?

ANT. Cinco: para el señor, la señora y su hermana, el médico y don Emilio. Oye: ¿qué opinas tú de ese caballerito?

CRIADO. ¡Toma! yo... nada; que como es primo de don Luis...

ANT. Sí; pero... ¿y el encargo de no decir á nadie que se halla en la quinta?

CRIADO. Quién sabe los motivos que tendrán para e llo.

ANT. ¡Hum! no me huele á mí muy bien ese pájaro. Mira otra vez al mudo, cómo acecha.

CRIADO. Para que no se le escape nada.

ANT. (*Observando hácia el lugar donde Blas dirige la vista.*) ¿Qué será?

CRIADO. (*Con curiosidad á Antonio que vuelve.*) ¿Qué, qué era?

ANT. La señora que vuelve ya de su paseo.

CRIADO. ¿Sola?

ANT. (*Con malicia.*) No, con el caballerito.

CRIADO. ¡Ya!.. ¿Y á pié?

ANT. A pié. Los caballos entrarán por la otra puerta. ¿Está ya todo?

CRIADO. Todo.

ANT. Pues anda á avisar al señor. Mientras, iré yo adentro á ver si falta algo. (*Váse por la puerta derecha, y el criado por el fondo. Blas vuelve á la escena, haciendo un gesto de desagrado, y al ver entrar á Carolina con Emilio, se marcha tambien por la derecha.*)

ESCENA VIII.

CAROLINA, EMILIO. *Este con el brazo izquierdo vendado y suspendido de un pañuelo; aquella vestida de amazona y apoyada en el brazo derecho de Emilio.*

CAR. (*Con vivo interés.*) Nada, nada; es preciso avisar al instante á su primo de usted.

EMIL. Lo prohibo terminantemente.

CAR. Es usted incorregible.

EMIL. Pero si todo ello no es nada, señora.

CAR. ¡Dios mio!.. Maldigo la hora en que salimos de paseo.

EMIL. Razon mas para que yo la bendiga.

CAR. (*Acercando una silla.*) Vamos, siéntese usted aquí.

EMIL. (*Sentándose con indiferencia.*) Gracias.

CAR. ¿Siente usted mucho dolor?

EMIL. (*Como distraido.*) ¡Ah! hablaba usted de dolor, ¿eh? ¿Y dónde quiere usted que lo sienta?

CAR. ¿Dónde? En el brazo.

EMIL. No: precisamente en el brazo no, aunque la herida no está muy lejos.

CAR. Por Dios, Emilio, deje usted ya esa locura.

EMIL. (*Levantándose con agitacion afectada.*) Tiene usted razon. Veo que es preciso tomarlo con calma. Al fin ha de ser tiempo perdido.

CAR. Vamos, ¿quiere usted un poco de agua?

EMIL. ¿Para qué?

CAR. (*Con tristeza.*) Me contesta usted de una manera...

EMIL. Es verdad, tengo la desgracia de ser algunas veces muy poco galante.

CAR. Valiera mas que hubiese usted dejado caer mi caballo al precipicio.

EMIL. Si, con tal de que el mio se hubiera tambien despeñado, hubiera sido una conclusion digna de tal principio.

CAR. (*Con amargura.*) Es usted muy injusto.

EMIL. Eso puede ser una verdad, pero no la comprendo.

CAR. ¡Emilio!

EMIL. Vamos, Carolina, dejemos á un lado las ilusiones, y tratemos de la realidad. ¿Trae usted buen apetito? Ya vé usted, la mesa está preparada.

CAR. (*Afligida.*) Se complace usted en atormentarme.

EMIL. La sensibilidad ¿eh? ¿Entra eso ahora? Perdone usted, Carolina, pero ese papel lo desempeña usted con poca destreza. No está usted en carácter. En una mujer que piensa como usted, el sentimiento es un absurdo.

CAR. Me ofende usted y le perdono.

EMIL. Tiene usted el corazon muy en su lugar, es decir, dominado por la cabeza.

CAR. Vaya para cuando me acusa usted de no tenerle.

EMIL. Es igual, pero siempre hay una ventaja.

CAR. Emilio, es necesario que esto tenga un término. Yo no puedo escuchar á usted sin volverme loca. En adelante no hablaremos á solas ni un solo momento.

EMIL. Tiene usted una prevision admirable. ¿Pero, á qué tanta severidad? Un hombre como yo no puede ser peligroso para una mujer que tanto dominio ejerce sobre sí misma.

CAR. Le tengo á usted miedo.

EMIL. Gracias por la lisonja.

CAR. ¡Dios mio! ¡esto es cruel! ¿No acabará usted nunca de comprenderme?

EMIL. Conque... Vamos, ¿tiene usted ganas de almorzar?

CAR. ¿A qué ha venido usted aquí, Emilio?

EMIL. A conocer una mujer mas, y á llevar en el corazon una ilusion menos.

CAR. Ha venido usted á dejar en el mio un tormento atroz, á derramar en él un veneno que devorará mi existencia. Soy muy desgraciada, Emilio. No sé á quién culpar, pero tengo presentimientos que me horrorizan. Usted me comprende bastante. Sea usted generoso, y no me haga maldecir los momentos que jamás se borrarán de mi memoria.

EMIL. (*Con ironía despues de una pausa.*) ¡Bien! El cuadro es maravilloso. No está mal dibujado, pero le falta colorido. Una lágrima hubiera completado el efecto. Sin embargo, no se aproveche usted de mi observacion, porque el recurso es algo gastado.

CAR. (*Con dignidad.*) Basta. No ama á una mujer el que trata de envilecerla.

EMIL. Eso. El resentimiento está mas en su lugar. No será de buen tono, si se quiere; pero acabará de confirmarme en mi idea. Ahora un párrafo de moralidad conyugal con algunas variaciones sobre el tema de los deberes

sociales, es el último toque para concluir el bosquejo de una mujer adocenada.

CAR. Caballero, creia en usted un corazon menos... extraviado.

EMIL. Depravado, señora, es la palabra.

CAR. La calificacion es demasiado dura, y aunque usted me da derecho á pronunciarla, jamás saldrá de mis labios, porque le creo á usted mejor de lo que usted mismo quiere hacerse.

EMIL. Gracias, señora; muchas gracias.

CAR. Óigame usted, Emilio. Por la primera vez de mi vida voy á hacer una confesion, que me avergüenza. Hace tres años que estoy casada. Mi esposo es el mejor de los hombres, me ama con una ternura que raya en delirio, y sin embargo, jamás he podido amarle.

EMIL. No lo extraño, eso es lo que pasa generalmente á todas las mujeres. Se casó usted por especulacion, ¿eh?

CAR. No: por gratitud.

EMIL. (*Con ironía.*) De modo que ha sido usted víctima de ese noble sentimiento.

CAR. Hubiera vivido resignada, contenta quizás, si no hubiera conocido á usted.

EMIL. Adelante, adelante.

CAR. Mi padre, al morir, nos encomendó al cuidado de don Juan. Él cerró los ojos de mi pobre madre, que sobrevivió muy poco tiempo á su desgracia, y veló despues por la felicidad de sus desvalidas huérfanas.

EMIL. Sí; como el jardinero que cuida el árbol por el fruto que ha de producirle.

CAR. No conoce usted á mi esposo.

EMIL. Nadie está libre de formar un mal juicio. Adelante.

CAR. Un dia me dijo: «Carolina, tengo treinta años mas que tú: comprendo que el amor no puede inspirarse cuando se anuncia ya el invierno de la vida, y sin embargo te amo como ningun hombre puede amarte. Si no te conociera, podria deslumbrarte con mi fortuna; pero siendo tuya, no puedo ofrecerte mas que mi corazon. Tú sabes que he sido buen hijo y buen amigo, y que seria tambien buen esposo. Otro hombre podria inspirarte mas amor; pero quizás no te sabria apreciar en todo lo que vales. He cifrado en tí mi felicidad; pero no quiero comprarla á costa de la tuya. Consulta tu

corazon, y si él te dice que puedes ser feliz á mi lado, me verás el mas dichoso de los hombres.»

EMIL. (*Riendo.*) La declaracion no puede ser mas grave.

CAR. Ni su proceder mas honrado, caballero.

EMIL. Y bien: aceptó usted. Adelante.

CAR. Acepté, porque no podia pagar de otro modo sus beneficios. No le amaba; pero creí que con el tiempo el respeto y veneracion que por él sentia podrian convertirse en verdadero amor.

EMIL. Lástima que no haya usted podido conseguirlo.

CAR. Bastante lo he procurado; pero inútilmente. No era él el hombre que debia despertar mi corazon; pero le debo mucho, soy agradecida y moriré mil veces antes que mancillar su nombre.

EMIL. Es usted una mujer incomprensible. Hay en usted una mezcla de elevacion y de vulgaridades, un conjunto tan extraño de grande y de pequeño, de pasion y de indiferencia, que es imposible formar una idea de su verdadero carácter. Si no es un corazon debilitado por la falta de uso el que responde en usted á las excitaciones del amor; si no es el hielo que en él se abriga el que me rechaza para siempre, ¿por qué esos labios han pronunciado palabras de esperanza y de consuelo?

CAR. Si en un momento de alucinacion he dado lugar á que usted interprete de esa manera mis palabras, olvídelas usted, Emilio; olvídelas usted y compadézcase de mis crueles sufrimientos. ¿No me he explicado bastante?

EMIL. Me hará usted maldecir hasta el momento de haberla conocido.

CAR. ¡Ah, nunca, nunca!

EMIL. (*Arrebatado.*) Pues bien, señora...

CAR. (*Interrumpiéndole.*) Basta, Emilio, basta. Mi marido llega. Sea usted prudente.

EMIL. Carolina, espéreme usted aquí despues del desayuno.

ESCENA IX.

ISABEL, D. JUAN, D. LUIS, DICHOS.

JUAN. ¡Pobre Emilio! ¿Conque se ha herido usted una mano?

ISAB. ¿Se ha hecho usted mucho daño?

LUIS. ¿Qué ha sido ello?

EMIL. Nada, señores, nada: un rasguñillo leve.

CAR. Estuvo á riesgo de matarse.

EMIL. La señora aumenta mucho el peligro, para dar valor á un hecho que en sí no lo tiene.

JUAN. ¿Pero cómo fué?...

CAR. Que íbamos á la entrada del soto, junto á la orilla del rio, cuando de repente se asombró mi caballo y empezó á botar de una manera horrorosa. Emilio entonces se arrojó del suyo, y asiéndose del freno logró sujetarlo ya en el borde del precipicio. Yo, aturdida, sin saber lo que me pasaba, dí un grito, solté las riendas y por un movimiento involuntario caí como desmayada, y hubiera recibido un golpe de muerte si Emilio no me sostuviera en sus brazos. Cuando me recobré del susto ví correr la sangre de su mano. Quise que volviéramos al instante en busca de don Luis; pero él se obstinó en que el golpe no merecia la pena, y aunque al fin consintió en que lo vendara con mi pañuelo, por su gusto ni aun se someteria á que se le curase.

JUAN. Pero esa terquedad no conduce á nada.

CAR. Ya le he dicho que es demasiado incorregible.

ISAB. Y estando aquí don Luis...

LUIS. Vamos, ven conmigo y veremos si es cosa de cuidado.

JUAN. Si, hombre, si, vamos al instante.

EMIL. (*En tono festivo.*) Vamos. Al fin me harán ustedes creer que es asunto de guardar cama y dieta. (*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA X.

ISABEL, CAROLINA.

ISAB. Ya ves, Carolina, los funestos resultados de la maldita equitacion: Emilio herido y tú en peligro de morir.

CAR. ¡Oh! te aseguro que á costa de mi vida hubiera querido evitarlo. Estoy todavía trémula, convulsa... Pero en cambio ¡qué escena, Isabel mia!

ISAB. Novelas, Carolina, novelas. Hace muchos dias que la lectura de ciertos libros te hace ver las cosas de un modo muy extraño.

CAR. ¡Ah! Si hubieras visto á ese hombre luchar con el fogoso bruto.. Era una figura admirable. Sus ojos bri-

llaban con un fuego desconocido. Sus atléticos brazo oprimian la cabeza del animal, que en vano queria desprenderse, hasta que al fin, por evitar mi caida, los desasió para recibirme en ellos.

ISAB. Y recibiendo tambien una herida en la mano, que puede ser de consideracion.

CAR. Dios no querrá premiar de ese modo su heróico esfuerzo.

ISAB. Pero hay placeres mas inocentes, mas sencillos...

CAR. Si; pero placeres sin fuertes y enérgicas emociones, en los cuales apenas toma parte el corazon.

ISAB. ¿Tanto necesita el corazon para satisfacerse?

CAR. Muy poco mientras está dormido; mucho cuando por desgracia despierta.

ISAB. No te comprendo.

CAR. ¡Ay! ojalá no llegues á comprenderme nunca.

ISAB. ¡Carolina!

CAR. Escucha, Isabel: eres muy jóven y tu corazon está todavía durmiendo. No conoces aun de la vida mas que las flores: las espinas te punzarán mas tarde. Eres feliz, porque crees en un amor que podrá desvanecerse como el humo. A tu edad, Isabel, no se ama: se sueña. ¡Ay de tí el dia en que la realidad te despierte!

ISAB. ¡Qué lenguaje!

CAR. Te he tenido á mi lado desde muy pequeña: te amo como una madre y como una hermana, y siempre quisiera verte muy dichosa. Sé que voy á abrir en tu corazon una herida profunda; pero se curará con el tiempo. Esa herida es la desconfianza: quizás te evitará otra, cuyos resultados son mas temibles: el desengaño.

ISAB. No sé por qué me hablas con ese misterio.

CAR. Escúchame, Isabel, y contéstame como si estuvieras hablando con Dios en la hora suprema.

ISAB. ¡Carolina!

CAR. ¿Amas á don Luis?

ISAB. Cuando voy á darle mi mano...

CAR. La mano no es el corazon.

ISAB. ¿Y por qué no he de amarle?

CAR. Tiene veinte años mas que tú.

ISAB. ¿Y eso qué importa?

CAR. Tiene muy cerca de cuarenta años, y á los cuarenta años ya no se ama, ni se puede inspirar un amor ver-

dadero.

ISAB. El amor cada cual lo comprende á su modo.

CAR. Tú no lo has comprendido de ninguno. Te explicas por amor ese sentimiento tranquilo, que tiene otro nombre: amistad.

ISAB. ¿No podrá ser mi esposo mi mejor amigo?

CAR. Sí; pero no será tu mejor esposo. El amor verdadero es el que hace derramar lágrimas, y tú no has llorado nunca. El amor necesita amor para alimentarse, y ese no puede existir entre vosotros; porque tú entrarás en la edad de las pasiones, cuando tu esposo haya salido de ella. Entonces tendrás que ser irremisiblemente ó víctima, ó verdugo: ¡alternativa cruel! Lo primero, es la muerte del corazon; lo segundo, de la honra.

ISAB. ¡Dios mio, qué idea!

CAR. Perdóname, Isabel. Sé que puedo confiarme á una hermana. No ligues tu suerte á la de ningun hombre por quien no puedas sentir un amor apasionado.

ISAB. ¡Carolina!

CAR. (*Llorando.*) ¡Ay de mí! Yo he despertado tarde.

ISAB. ¿Lloras?

CAR. (*Con exaltacion.*) ¡Amo!

ISAB. ¡Calla!

CAR. Tranquilízate; he elegido el papel de víctima.

ISAB. ¡Eso es horrible!

CAR. Horrible; pero cierto. (*Con dignidad.*) Sin embargo, soy honrada, sé que á mi esposo le debo mucho, y no faltaré jamás á mis deberes. Él me sacó de la oscuridad para rodearme de todos los esplendores de la fortuna; no me entregó su corazon, porque á su edad ya no se tiene, ó se tiene degenerado; pero me entregó su nombre, y yo debo conservarlo limpio de toda mancha.

ISAB. ¡Pobre hermana mia!

CAR. Ayer ignoraba yo todo esto, era feliz, porque mi corazon no habia desplegado sus alas. Hoy, por desgracia, comprendo todo lo horrible de la situacion en que me hallo; se abren á mis piés dos profundos abismos; el uno tiene en su fondo la desesperacion y la agonía, el otro la vergüenza y la infamia.

ISAB. Es preciso que Emilio salga de aquí al instante.

CAR. Sí, pero su cabeza está amenazada de muerte.

ISAB. La honra de un esposo vale mas que la vida de un

amante.

CAR. (*Vacilando.*) Si, pero... (*Con resolucion.*) Si. Es verdad.

ISAB. Ese hombre debe ser muy perverso.

CAR. Por piedad, Isabel mia; es preciso que nadie comprenda este fatal secreto. Júrame que lo guardarás hasta la muerte.

ISAB. Sí, te lo juro.

CAR. Yo seré siempre una esposa digna y honrada. Tú me alentarás, hermana mia; nadie mas que tú sabrá que lloro y que padezco... Tú enjugarás mi llanto, y compadecerás á tu pobre hermana.

ISAB. Sí, hermana mia; todo eso no ha podido ser mas que una fascinacion del momento; conozco la grandeza de tu alma, y sé que en ella no puedes abrigar la deshonra.

CAR. ¡Isabel!

ISAB. Es preciso que ese hombre salga al instante. Tiempo es todavía de librarte de su fatal influencia.

CAR. (*Despues de una pausa.*) Bien .. que salga, pero que yo no le vea mas... que no me hable... que no me mire....

ISAB. Calla, aquí están.

CAR. ¡Dios mio, no abandones á su debilidad á una mujer desventurada!

ESENA XI.

D. JUAN, D. LUIS, EMILIO, DICHAS.

JUAN. Vamos, afortunadamente no es cosa de peligro, aunque faltó poco para haberle fracturado el brazo.

LUIS. Cuestion de ocho dias.

CAR. (*A Isabel por lo bajo.*) ¡Ocho dias!

ISAB. Ya nos tenia asustadas.

EMIL. Bien sabia yo que la cosa no merecia la pena, y sin embargo, me obligarán ustedes á hacer el niño mimado durante una semana.

JUAN. De ese modo no saldrá usted de la quinta, y estará menos expuesto.

EMIL. Veo que van ustedes tomando el asunto por lo grave; pero como estoy ya harto de privaciones, por si el doctor tiene pensado hacerme guardar dieta, desde ahora le anuncio que me revelo contra su autoridad, y que quiero desayunarme.

ISAB. Pueden ustedes hacerlo cuando gusten, porque Carolina está muy agitada, necesita desnudarse, y luego almorzaremos las dos en mi cuarto.

JUAN. (*Ap.*) ¡Qué idea tan horrible ha cruzado por mi imaginacion! Veamos el efecto. (*Alto.*) Ella que ha sido la causa de la herida de Emilio, deberia quedar de enfermera.

CAR. ¡Oh! ¿Yo?.. Nunca.

EMIL. Esta señora es demasiado sensible, y podria afectarse hasta el punto de hacer inútiles sus cuidados.

ISAB. Emilio tiene razon. Yo me encargaré de cuidar al enfermo.

EMIL. Conque es decir, que almorzaremos solos.

JUAN. Por lo visto... (*Ap.*) ¡Ah! No. Es imposible.

ISAB. ¿Vamos, Carolina?

CAR. Vamos.

EMIL. (*Ap. á Carolina, acompañándola hasta la puerta de la derecha.*) Hasta luego, señora.

CAR. (*Ap. á Emilio.*) Hasta la muerte.

EMIL. (*Viéndola salir.*) ¡Pobre mujer! quiere engañarse á sí misma. ¡Oh! Estoy seguro de que vendrá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, ISABEL.

JUAN. ¿Cómo sigue tu enfermo?

ISAB. Admirablemente: la fiebre no se ha presentado, y el doctor asegura que muy pronto se hallará en disposicion de emprender su viaje.

JUAN. ¿Y Carolina?

ISAB. Ahora queda durmiendo. Ha pasado la mañana con alguna agitacion; pero, á Dios gracias, ya se va calmando.

JUAN. El susto ha debido afectarla mucho.

ISAB. Ya se encuentra bastante tranquila.

JUAN. (*Despues de una pausa.*) Yo no sé por qué la permanencia en esta quinta me trae presentimientos fatales. Blas hace dos dias que no deja de importunarme con su afan de volver á la córte; y los instintos del mudo jamás me han engañado.

ISAB. Eso es dar demasiado valor á los caprichos de un pobre idiota. Ya sabe usted que desde la fatal ocurrencia que lo dejó en ese deplorable estado, no está muy seguro su cerebro. Y no porque sea yo de opinion de que pro-

longuemos aquí nuestra permanencia. La estacion de las flores va ya concluyendo, y el campo se va haciendo poco agradable; pero el estado de la salud de usted exige de nuestra parte algunos sacrificios. Estos aires son para usted muy provechosos, y el que en Madrid se respira podrá alterar su salud de nuevo.

JUAN. Sin embargo, yo no sé por qué de algunos dias á esta parte esta atmósfera me ahoga.

ISAB. (*Ap.*) ¡Si sospechará algo!

JUAN. Además, Carolina no parece hallarse aquí muy contenta. He sorprendido mas de una vez las lágrimas en sus ojos, y jamás he podido saber la verdadera causa. Debe tener algun pesar oculto, que no se atreve á comunicarme. ¿No está satisfecha? ¿Le falta algo? ¿No sabe ella que mi única ambicion en el mundo es verla dichosa? ¡Pobre niña! ¿No sabe que yo no quiero exigir de ella ningun sacrificio? Si no quiere vivir en el campo, nos iremos á Madrid al instante. ¿Qué importa que mi salud se deteriore? Su felicidad vale mil veces mas que mi vida.

ISAB. (*Ap.*) ¡Qué alma tan noble!

JUAN. Mira, Isabel: pregúntale tú. Infórmate de la causa, para que pongamos pronto el remedio. Contigo tiene mas confianza, y te la dirá. A mí, á mí... me ama demasiado, y temerá acaso contrariar mis inclinaciones. Blas, en medio de su idiotismo aparente, tiene bastante penetracion para comprender ciertas cosas; y cuando se afana tanto porque volvamos á Madrid, quizá habrá comprendido que ella tiene deseos de dejar el campo.

ISAB. En verdad, yo á veces tambien me inclino á creerlo; y á no ser por las razones que he dado, hasta seria de opinion de que volviésemos mañana mismo, si fuese posible.

JUAN. ¿Y por qué no ha de irme bien en la córte estando contenta Carolina? Si te parece, lo consultaremos con ella.

ISAB. Nada de consultarlo, porque sabiendo que el campo le sienta á usted bien, se obstinará en que permanezcamos aquí mas tiempo.

JUAN. ¿Y hemos de dejar al pobre Emilio en el estado en que se encuentra?

ISAB. Su primo se quedará con él y los criados que sean ne-

cesarios.

JUAN. Mira, hoy debo recibir su pasaporte, y aunque nos detengamos algunos dias hasta que se halle en estado de emprender su viaje...

ISAB. Sí; pero entre tanto Carolina estará sufriendo.

JUAN. Ella tiene un corazon demasiado bueno, y no querrá, por tan corto tiempo, que le privemos de nuestros auxilios.

ISAB. (*Ap.*) ¡Si supiera lo que ella sufre!...

JUAN. Tú se lo dirás todo, ¿eh? Yo voy á dar por el jardin una vuelta con el doctor, que me está aguardando, y volveremos pronto. Hasta luego.

ISAB. Hasta luego. (*Váse D. Juan por el fondo.*)

ESCENA II.

ISABEL. *Despues* EMILIO.

ISAB. ¡Qué sacrificios no merece tanta generosidad! Pero mi hermana, Dios mio, siempre tan honrada y tan buena, ¿es posible que haya dado entrada en su corazon á tan criminales pensamientos? Bien me lo decia don Luis: «la lectura de ciertos libros no es para todas las mujeres. En algunos de ellos se santifica el crímen y se hace odiosa la virtud; en otros se crea un mundo ficticio, que está muy distante de la realidad, que excita las pasiones, pintándolas con demasiada viveza, y que solo sirve para exaltar el cerebro ó extraviar los buenos instintos del corazon.» ¡Pobre hermana mia! Tú has sido tambien víctima de esa inundacion fatal, como don Luis la llama. Pero no, no: ella comprende sus deberes, y aunque sufra y llore, jamás faltará á ellos. Dios no la abandonará; lo espero así, y esto me consuela. ¡Ah! Aquí viene ya Emilio. Es preciso que salga al instante. Yo me encargaré de ello.

EMIL. (*Ap.*) ¡Hola! que está aquí mi linda enfermera.

ISAB. (*Ap.*) No sé por qué me da miedo este hombre.

EMIL. Señorita...

ISAB. (*Retirándose un poco.*) Caballero...

EMIL. Tiene usted á su enfermo muy abandonado.

ISAB. Perdone usted, he entrado dos veces mientras usted dormia.

EMIL. De modo que he tenido un ángel velando mi sueño.
ISAB. (*Ap.*) ¡Qué cosas dice!
EMIL. Siento mucho no haber despertado á tiempo de dar á usted las gracias.
ISAB. ¿Se siente usted mejor?
EMIL. Nunca me he sentido mejor que ahora.
ISAB. Sin embargo... está usted tan pálido... Debe usted haber sufrido mucho.
EMIL. (*Con afectado sentimentalismo.*) ¡Ay, me queda tanto que sufrir en la vida! Ahora, por ejemplo, tengo que abandonar mi patria, mis amigos, todas mis afecciones, para ir á comer el amargo pan de la emigracion, donde me lleve mi fortuna.
ISAB. (*Acercándose insensiblemente á su interlocutor. Ap.*) ¡Pobrecillo! Ya no me da tanto miedo.
EMIL. ¡Mi estrella lo ha querido así!
ISAB. ¿Conque siente usted tanto dejar su patria?
EMIL. ¡Es tan dulce vivir entre las personas que amamos!
ISAB. (*Ap.*) ¡Pícaro! esto lo dice por mi hermana.
EMIL. El amor es el único consuelo de los desgraciados.
ISAB. Sí; pero no se puede amar á todo el mundo. Hay ocasiones... por ejemplo, cuando una persona no es libre...
EMIL. El amor, señorita, es como el sol: penetra el cristal sin necesidad de romperlo ni empañarlo.
ISAB. (*Confusa.*) Siendo de ese modo...
EMIL. (*Despues de una pausa.*) Isabel: tengo una pena que me devora.
ISAB. No hay pena que con el tiempo no se mitigue.
EMIL. Mañana... si por desgracia caigo enfermo en un pais extraño, ¡cuánto echaré de menos los consuelos que la presencia de usted me proporciona!
ISAB. (*Con viveza.*) Pues no se vaya usted. Mi hermana... es decir... nosotros vamos á dejar la quinta, y puede usted quedarse en ella.
EMIL. ¡Cuánta bondad! ¿Pero usted ignora que si llegaran á encontrarme, pagaria con la vida?
ISAB. ¡Ah! ¡no! Pues entonces no, no. Váyase usted, váyase usted al instante.
EMIL. ¿Se interesa usted por mi suerte?
ISAB. Yo no quiero que á nadie se le haga daño.
EMIL. Es usted un ángel de candor y de pureza.
ISAB. (*Ap.*) Vaya; pues no es tan malo como yo le creia.

EMIL. Se encuentran tan pocas personas como usted en el mundo, que siente uno conocerlas para tener que abandonarlas.

ISAB. ¿Pues qué ha encontrado usted en mí de particular? (*Ofreciéndole una silla.*) Pero siéntese usted. Está usted muy pálido, y la debilidad no le permitirá estar de pié mucho tiempo.

EMIL. (*Ofreciéndole otra.*) Gracias, señorita, gracias. Cada vez me confirma usted mas en mi idea.

ISAB. (*Sentándose cerca de Emilio.*) ¿Cuál?

EMIL. La de que es usted una jóven adorable.

ISAB. ¿Tambien es usted lisonjero?

EMIL. El candor de usted, su pureza, la ternura y bondad de su corazon son prendas que nunca podrán alabarse demasiado.

ISAB. (*Con candidez.*) ¿De veras? ¿Tiene usted formado de mí ese concepto?

EMIL. ¿Y quién habia de formarlo distinto? (*Ap.*) Esta se ganaria por el corazon.

ISAB. Muchas veces por galantería se dicen cosas que no se sienten.

EMIL. Yo he tenido la desgracia de hablar siempre con el corazon en los labios.

ISAB. Pues hoy se vé muy poco de eso.

EMIL. (*Con afectada severidad.*) Ciertamente: el mundo está muy corrompido. La inmoralidad se ha hecho costumbre, y la verdad ha huido avergonzada de esta sociedad que la vilipendia.

ISAB. (*Ap.*) Pues señor, este jóven tiene un corazon excelente.

EMIL. Los sentimientos mas nobles han degenerado: de la amistad se ha hecho un agiotaje; del honor un maniquí, que cada cual viste á su antojo; y hasta del amor, de esa pasion santa, que Dios ha infundido en el hombre para su felicidad en la tierra, ha llegado á hacerse un horrible tráfico. Se ama por interés ó por conveniencia: rara vez por inclinacion.

ISAB. ¡Ay, usted debe conocer mucho el mundo!

EMIL. Para mis años, me sobra experiencia. He sido siempre desgraciado, y la desgracia enseña al hombre á conocer al hombre.

ISAB. (*Ap.*) ¡Pobre jóven!

EMIL. Así es que, cuando se encuentra un alma tan pura como la de usted, para perderla tan pronto, se figura uno que ha sido un sueño, y el despertar es horrible.

ISAB. ¡Habrá tantas mujeres buenas en el mundo!

EMIL. No lo niego; pero es muy difícil que se encuentren dos corazones que se comprendan y se identifiquen. Por lo general, á una mujer de alma tierna y sensible, de sentimientos nobles y delicados, suele tocar un hombre de alma gastada y fria, con el egoismo en el corazon y la intolerancia por sistema; y la mujer, señorita, es una flor delicada cuyo aroma se pierde al contacto de la atmósfera de egoismo y de injustas contrariedades.

ISAB. (*Ap.*) Eso no me lo ha dicho nunca don Luis. (*Alto*) ¡Oh! ¡siga usted! ¡siga utsed! ¡Y yo le creia á usted tan malo!

EMIL. ¿A mí?

ISAB. Si, á usted; pero era porque jamás le habia oido hablar en esos términos. ¡Ah! si todos los hombres fueran como usted, qué felices seriamos las mujeres.

EMIL. (*Ap.*) Esto va bien. (*Alto y afectando ingenuidad.*) Desgraciadamente hay muy pocos que piensen como yo.

ISAB. Verdad.

EMIL. Son galantes por rutina.

ISAB. Verdad.

EMIL. Fingen amor por satisfacer un vano capricho.

ISAB. Verdad tambien.

EMIL. Y cuando buscan en la mujer el candor y la inocencia, suele ser por mero egoismo, ó para ocultarle mejor sus propias debilidades.

ISAB. (*Ap. con intencion.*) ¡Dios mio! tambien eso puede ser verdad.

EMIL. Pero yo hago muy mal en iniciar á usted en estos horribles misterios de la vida, que he logrado penetrar á costa de crueles desengaños. Mañana nos separaremos para siempre, y lo único que habré conseguido será hacerle padecer anticipadamente los tormentos que no habré podido evitarle.

ISAB. Emilio... si no se marchase usted... Mas vale que usted se quede. Hay cosas en la vida que sin usted jamás podria yo comprenderlas. No se marche usted. Ya le ocultaremos y...

EMIL. (*Tomándole una mano.*) ¿Y para qué, Isabel? para ver

me mas desgraciado. Seria hacerme soñar con una felicidad, que mas tarde podria desvanecerse. Pero ¡ay! es imposible conocerla á usted y no amarla.

ISAB. (*Turbada.*) ¡Dios mio!

EMIL. (*Besándole la mano.*) ¡Isabel... usted me comprende y me ama!

ISAB. (*Levantándose.*) ¡Ah! ¿Qué hace usted?

EMIL. Me quedaré, aunque muera.

ISAB. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) ¡Dios mio! ¿Este hombre es un ángel ó un demonio?

EMIL. (*Acercándose.*) Isabel...

ISAB. (*Retirándose por la derecha.*) No, no. Déjeme usted. ¡Desgraciada de mí... no sé lo que me pasa!

EMIL. Isabel... (*Viéndola alejarse.*) Si, échala un galgo. (*Despues de mirar algunos instantes en la direccion que Isabel lleva, vuelve riendo hácia el proscenio.*)

ESCENA III.

EMILIO.

¡Pobres mujeres! ¡Cuán grande es su credulidad! ¡Es tan fácil hacerlas creer aquello que las halaga!... Por poco que se las estudie, pronto se viene á conocer el flaco, y entonces no hay mas que atacar de frente. La mas astuta es la que menos resiste. No hay mas diferencia sino que á unas es necesario atacar á la cabeza, y á otras al corazon; excepto á las que carecen de ambas cosas, y que sin embargo, tambien presentan su lado vulnerable. ¡Desgraciado del hombre que busca la fortaleza en la misma debilidad! Y bien mirado, ¿qué derecho tenemos de acusarlas? Las buscamos débiles, y queremos hallarlas fuertes; las empujamos para que caigan, y vituperamos luego su caida. ¡Este es el mundo! Y puesto que hemos venido á él, sin poner nada de nuestra parte, tomémoslo por el mejor lado posible, y ruede la bola. (*Mirando hácia la derecha.*) ¡Carolina! A esta ya sé por donde atacarla.

ESCENA IV.

CAROLINA, DICHO. *Emilio al verla llegar toma un periódico, y se sienta como distraido con la lectura.*

CAR.- (*Ap.*) Aquí está.
EMIL. (*Id.*) Haré como que no la he visto.
CAR. (*Entrando.*) ¡Ah! ¿Estaba usted aquí? Perdone usted si le interrumpo.
EMIL. (*Con indiferencia.*) No era tan profunda la meditacion, señora.
CAR. (*Con timidez.*) Sentiria mucho incomodar á usted.
EMIL. Ese sentimiento es otra vulgaridad.
CAR. Será lo que usted quiera.
EMIL. Es usted tan modesta, que ni el mérito de la ingenuidad quiere usted apropiarse.
CAR. He venido...
EMIL. A gozar en mis tormentos; á hacerme comprender que la ilusion ha desaparecido, y que el frio cálculo de la mujer de mundo ha sustituido al fin á las ilusiones asesinadas por la conveniencia. Gracias, señora, gracias. Quiero relevar á usted de una tarea tan enojosa.
CAR. Sé que no debia presentarme delante de usted; pero el interés que su salud me inspira, me ha hecho dar este paso, sin temor ni remordimiento.
EMIL. Para probarme lo poco que valgo para usted, no se necesitaba tanto. Hace poco se despidió usted de mí para siempre.
CAR. Y no he tenido valor para cumplirlo.
EMIL. Lo extraño.
CAR. ¿Por qué?
EMIL. Porque creí que se hubiese usted ya olvidado de mí completamente.
CAR. ¿Tan inconstante hace usted el corazon de la mujer?
EMIL. Como hoy se acostumbra tener en lugar de corazon un daguerreotipo, donde hace impresion cualquier objeto que se presenta, las impresiones duran muy poco.
CAR. ¿Y tambien entro yo en el número de esas mujeres?
EMIL. ¿Por qué no? La mujer que discute y razona en punto de amores, es incapaz de abrigar ese fuego santo que todo lo purifica. Deberes, consideraciones sociales, temor y remordimiento, son palabras que solo se emplean

para disfrazar la indiferencia. El amor verdadero es como el torrente, que lo atropella todo, todo lo salva; para el cual no hay obstáculos ni peligros que no sean superables, y sin el cual es preciso entregarse á una vida sin goces ni emociones, y arrastrar hasta la muerte una existencia miserable y degradada. Si con ella puede usted ser feliz, como hasta ahora lo ha sido, olvídeme usted para siempre, y cuanto amor supo usted inspirarme, conviértase desde este momento en compasion y lástima.

CAR. ¡Emilio, tenga usted piedad de mí!

EMIL. (*Con indiferencia.*) Yo nada exijo de usted, señora. Tengo bastante amor propio para no pedirle lo que su corazon no puede ofrecerme.

CAR. (*Llorando.*) Le he hecho á usted ya el sacrificio de mi reposo. Bastante criminal he sido confesando un amor que tendré que ocultar delante de Dios y de los hombres. Déjeme usted siquiera el consuelo de no haber faltado á mis deberes.

EMIL. Sacrificios á medias son indignos de usted y de mí.

CAR. ¡Emilio!...

EMIL. (*Despues de una pausa.*) Bien, señora: basta.

CAR. ¡Qué fuera de mí, abandonada á la carrera del crímen! ¡Ah! nunca, nunca, Dios mio!

EMIL. Lo comprendo: mi corazon ha servido á usted de juguete. Ha pensado usted en lo porvenir, y se ha horrorizado. Acaba usted de revelarse á mis ojos tal cual nunca hubiera querido comprenderla. Soy un proscripto: perseguido por la injusticia de los hombres, tendré que huir mañana á un suelo extraño. Participar de esta suerte, seria cruel para quien busca en la vida placeres sin agitacion y sin zozobra. Las grandes emociones, los placeres inefables de que el corazon apasionado se alimenta, no se han hecho para las almas pobres y mezquinas. Olvídeme usted, señora.

CAR. (*Con exaltacion.*) Yo seria capaz de arrostrarlo todo, si no tuviera que humillar la frente avergonzada.

EMIL. Lejos de aquí nadie nos conoce.

CAR. ¿Y dónde podré ocultarme de Dios y de mi propia conciencia?

EMIL. (*Despues de una pausa.*) Bien: está decidido. Ambicionaba la vida porque soñaba con placeres imaginarios.

Hoy que la obstinacion de usted me condena á perder hasta la última de mis ilusiones, quiero delatarme yo mismo. Escribiré á Madrid, y mi muerte será segura.

CAR. ¡Ah! ¡por piedad, Emilio, por piedad!... Bien... yo... pero... esta lucha va á matarme... ¡Ay!... mi cabeza se desvanece... no puedo mas... me ahogo... (*Cae desmayada en los brazos de Emilio.*)

EMIL. ¡Dios eterno, se ha desmayado! No sé si pedir socorro. (*Llamándola.*) Carolina, Carolina. ¡Conflicto atroz!

ESCENA V.

D. JUAN, D. LUIS. DICHOS.

JUAN. ¿Qué es esto?

LUIS. ¡Emilio!

JUAN. (*Corriendo á sostenerla.*) ¡Dios mio! ¿Qué es lo que aquí sucede? ¿Qué le ha dado á Carolina?

EMIL. (*Con serenidad.*) Ya lo ve usted. Se ha desmayado.

JUAN. ¿Pero por qué no pedia usted socorro? (*Llamando.*) ¡Isabel! ¡Blas! Un poco de agua. ¡Pobre esposa mia! Por Dios, don Luis, ¿qué hacemos en este lance?

LUIS. (*Despues de haberla pulsado.*) Sosiéguese usted. Afortunadamente no es cosa de peligro: un vértigo que durará poco. (*La colocan en un sillon, sin soltarle D. Juan una de sus manos.*)

ESCENA VI.

ISABEL, BLAS, DICHOS.

ISAB. ¡Ay, Dios mio! ¿Qué es esto? ¿qué es esto?

BLAS. (*Presenta un vaso de agua. Emilio quiere tomarlo, pero él lo retira, haciendo un gesto de desagrado.*)

LUIS. (*Tomando el vaso de manos de Blas, que se lo entrega sin repugnancia.*) Volverá pronto: no es cosa de cuidado.

ISAB. (*Interrogando á Emilio con la vista de una manera muy marcada.*) ¿Pero por qué ha sido esto, Dios mio?

EMIL. No ha habido motivo para ello, á lo menos que yo lo sospeche.

JUAN. ¡Carolina!

ISAB. Vuelve, hija mia. Es tu hermana la que te habla.

CAR. (*Delirando.*) No... nunca... La vergüenza... el oprobio... Me maldeciria para siempre...

ISAB. ¡Dios mio!

CAR. ¡Ah!... Mira cómo nos sigue... Ocúltame de él... de tí... de mí misma...

LUIS. (*Ap.*) Pues es mas grave de lo que yo pensaba.

CAR. No... no quiero... Pero morir... morir...

JUAN. ¡Carolina!

CAR. Yo te ocultaré... pero... huye!

ISAB. ¡Dios mio, esto es cruel! ¡Ese delirio puede matarla!... ¡Carolina!...

JUAN. ¡Carolina!

CAR. (*Volviendo.*) ¡Ah!... ¿dónde estoy?

ISAB. ¡Aquí! entre tu esposo y tu hermana.

CAR. (*Con voz muy débil y fijando la vista en las personas que va nombrando.*) Mi esposo... Isabel... Don Luis... Emi... ¡Tambien él! (*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

LUIS. Carolina, beba usted un poco de agua.

CAR. (*Despues de beber.*) Pero... ¿qué es esto?

LUIS. Nada: la... la agitacion de esta mañana, que ha producido un efecto mayor que el que aguardábamos. Tranquilícese usted, Carolina, y vamos á descansar.

CAR. Pero... mi cabeza arde... no puedo respirar... me ahogo...

ISAB. Carolina, tranquilízate.

JUAN. (*Ap.*) ¡Dios mio, dadme fuerzas para contenerme!

LUIS. Es preciso llevarla al instante á su cuarto.

ISAB. (*Incorporándola.*) Vamos, hija mia, hermana mia.

CAR. No puedo.

ISAB. Un esfuerzo. Apóyate aquí, sobre mi hombro. Necesitas reposo y tranquilidad.

CAR. (*Apoyándose en Isabel y su esposo.*) Vamos. (*A D. Juan.*) Y tú tambien.

JUAN. Si: yo tambien quiero acompañarte. (*Entran todos por la puerta derecha, excepto Emilio, á quien Blas impide el paso.*)

ESCENA VII.

EMILIO, BLAS.

EMIL. ¡Qué es eso! ¿Yo no puedo entrar?

BLAS. (*Hace un movimiento negativo y de amenaza.*)
EMIL. ¡Miserable!
BLAS. (*Cierra la puerta y se coloca impasible delante de ella.*)
EMIL. (*Ap. y retirándose.*) Mas vale evitar otro escándalo.
BLAS. (*Sigue á Emilio con la vista, manifestando en sus gestos un furor mal comprimido.*)
EMIL. (*Paseándose con agitacion.*) ¡Qué es lo que yo he hecho! No me atrevo á confiarme á Luis, porque él no comprende ciertas cosas y... Estoy perdido sin poder ir á la córte. ¡Ahora!.. ¡cuando ya el golpe seria seguro!.. (*Como concibiendo una grande idea.*) ¡Ah! sí, él... solo él puede salvarme. A muerte ó á vida, voy á escribirle al pié de mi carta este incidente. (*Váse por la puerta izquierda.*)

ESCENA VIII.

D. LUIS, BLAS.

LUIS. (*Saliendo precipitado.*) ¿Y mi primo?
BLAS. (*Señala á la puerta por donde Emilio ha entrado.*)
LUIS. (*Dirigiéndose hácia la izquierda, y volviendo luego.*) Voy... Pero no: no quiero verle: Blas: necesito un caballo.
BLAS. (*Le señala á la verja del foro.*)
LUIS. Voy al instante. No quiero perder tiempo. Mira, Blas: voy á darte un encargo. Tú velarás por el sosiego de tu señora.
BLAS. (*Hace una señal afirmativa.*)
LUIS. Sé que la amas mucho, y sabrás cumplirlo.
BLAS. (*Vuelve á hacer la misma señal.*)
LUIS. Observa; pero sin moverte de aquí un instante. ¿Lo entiendes?
BLAS. (*La misma señal, enjugándose una lágrima.*)
LUIS. Cuidado: que nadie entre ahí, sino las personas que la acompañan.
BLAS. (*Señal de inteligencia.*)
LUIS. (*Estrechándole afectuosamente la mano*) Adios: hasta mi vuelta. (*Váse por el foro. Blas quedará solo el tiempo absolutamente necesario para que D. Luis desaparezca.*)

ESCENA IX.

EMILIO, ANTONIO, BLAS. *Se oye una campanilla, y aparecen Emilio por la izquierda, y Antonio por el fondo. Blas observa con inquietud.*

EMIL. (*A Antonio.*) Esta carta á Madrid, volando. Ahí van las señas y el nombre. Este bolsillo puede prestarte las alas. (*Emilio vuelve á entrar por la puerta de la izquierda. Antonio guarda el bolsillo; se para á leer el sobre de la carta, y Blas se la arrebata de las manos, haciéndole al mismo tiempo una señal imperiosa de silencio, y mandándole salir por la verja del foro. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, *un* CRIADO, BLAS.

ANT. (*Señalando á Blas, que aparece sentado en la puerta de la derecha y en actitud de dormir.*) Míralo: se ha dormido. En esa misma posicion ha pasado toda la noche.

CRIADO. (*Con misterio.*) Deben haber sucedido cosas muy grandes.

ANT. ¡Y tan grandes! Como que hoy mismo saldremos todos para Madrid, si la señora se ha aliviado del accidente que le acometió ayer tarde.

CRIADO. ¿Y don Luis, salió ayer para la córte?

ANT. Sí, pero ya ha vuelto esta mañana; ha estado largo rato hablando con el señor, y le ha entregado unos papeles.

CRIADO. Oye, ¿y qué fué lo que te pasó con el mudo?

ANT. Que me arrebató de las manos una carta que me habia entregado el señorito para que la llevara á Madrid al instante.

CRIADO. ¿Y no te la ha vuelto?

ANT. Ni por pienso. Y lo peor es que el otro me pagó adelantado y en buena moneda, y no he podido cumplir con su encargo. Si me pregunta, no sabré qué decirle.

CRIADO. ¿Y para quién era la carta?

ANT. Para un señor, de cuyo nombre no me acuerdo.

CRIADO. Pues has quedado lucido.

ANT. He pensado decirle que la remití con un hombre de confianza; porque si descubro lo que ha pasado, el señor me despediria, y ya sabes tú que hay pocas casas como esta.

CRIADO. Es verdad.

ANT. Y como tiene mandado que en todo se obedezca al mudo como á su misma persona...

CRIADO. ¿Y para qué querrá el mudo esa carta?

ANT. Quizás para enterarse de algo. Como es tan curioso...

CRIADO. Antonio, aquí hay gato encerrado.

ANT. Puede ser.

CRIADO. Yo he visto muchas cosas... y la que á mí se me escape...

ANT. Nunca es bueno formar malos juicios.

CRIADO. Yo no sé lo que será; pero ello hay algo.

ANT. En fin, allá veremos lo que sucede.

CRIADO. ¿Has entrado tú en el cuarto de la señora?

ANT. Yo no.

CRIADO. Ni yo.

ANT. Blas no se ha separado de la puerta en toda la noche, y como no han llamado...

CRIADO. ¿Qué hacemos?

ANT. Mira: si nos necesitaren, ya nos llamarán como todos los dias. Hace mas de una hora que estamos aquí guardando el sueño de Blas, que duerme como un liron, y no estoy por hacer centinela inútilmente. (*Mirando hácia la derecha.*) Allí viene don Luis con la señorita Isabel.

CRIADO. Pues vámonos; y si nos necesitan, que llamen. (*Vánse por el fondo.*)

ESCENA II.

BLAS, *luego* D. LUIS, ISABEL.

BLAS. (*Se despierta al sentir los pasos de los criados que salen. Su primer movimiento es acudir á la puerta como para impedir á alguno la entrada; pero al observar que se halla solo, va á sentarse de nuevo, cuando salen Isabel y don Luis.*)

LUIS. ¡Pobre Blas!
ISAB. Toda la noche en vela.
LUIS. (*A Blas.*) ¿Ha salido don Juan?
BLAS. (*Hace una señal negativa.*)
LUIS. ¿Estarás cansado?
BLAS. (*La misma señal.*)
LUIS. Vamos, vete á descansar.
BLAS. (*Signo negativo.*)
LUIS. Ahora... ya no haces falta.
BLAS. (*Afirma repetidas veces.*)
LUIS. Pues bien, necesitamos estar solos. Va á venir don Juan y tenemos que hablar de cosas muy reservadas.
BLAS. (*Dirigiendo una mirada de dolor á Isabel y D. Luis, da un paso para buscar la salida, y se vuelve, mirando con inquietud á la puerta de la izquierda*)
ISAB. (*Con dulzura.*) Vete: yo te lo ruego. (*Váse Blas por el foro, sin dejar de volver la cara repetidas veces hasta salir por la verja.*)

ESCENA III.

ISABEL, D. LUIS.

ISAB. Y bien, ¿cómo la encuentra usted?
LUIS. Ya está mucho mas sosegada. La fiebre casi ha desaparecido, la cabeza se va despejando, y espero que no sean graves las consecuencias.
ISAB. ¡Ay! pues yo no espero nada bueno. Don Juan está en extremo agitado. Lo ha comprendido todo, y en vano quiere ocultar los sentimientos que le combaten. Desde ayer está absorto en una meditacion profunda: se le habla y no atiende; se le pregunta y no responde. Don Luis, ¿qué fatalidad pesa sobre nosotros? Anoche lo ví entrar en la sala donde tiene sus armas; lo seguí con el corazon angustiado, y á los pocos instantes salió bruscamente; cerró la puerta, dió dos vueltas á la llave, y luego la arrojó por la ventana. Pasó junto á mí, al parecer sin verme, fijos los ojos en el suelo y marcado el semblante con la palidez de la muerte. Despues entró en su cuarto, sacó del bolsillo una carta, y la guardó de nuevo sin leerla: se puso á escribir y rompió luego lo que habia escrito. En seguida apoyó la cabeza

entre las manos, y lloró, creyendo que nadie lo observaba. Así permaneció algunos minutos; y enjugándose los ojos y afectando serenidad, se dirigió al cuarto de Carolina, que se hallaba entonces en un profundo letargo. Se sentó junto á su lecho; estuvo contemplándola algunos instantes, y al fin exclamó, aunque en voz baja, con un acento firme y seguro: «Dios lo quiere, y su voluntad será cumplida.» Esta amenaza heló de miedo mi corazon; le seguí hasta su aposento, donde volvió de nuevo á encerrarse, hasta que le avisaron de que usted estaba de vuelta. ¿Le ha hablado usted? ¿Qué le ha dicho? Yo no sé qué pensar: lo temo todo de su indignacion, y todo lo espero de su alma noble y generosa.

LUIS. Yo... ciertamente no he podido formarme una idea de sus planes. Me pidió el pasaporte que traje para mi primo; se lo entregué, y nada mas. Tampoco me he atrevido á hacerle ninguna pregunta, porque hay llagas que se irritan solo con tocarlas, y la herida que él tiene en el corazon es demasiado profunda.

ISAB. ¡Dios mio, qué mudanza en un solo dia!

LUIS. Solo un momento basta para derribar una torre; y el corazon de la mujer no tiene tanta fortaleza.

ISAB. (*Confundida.*) D. Luis...

LUIS. (*Con mucha intencion*) Hay lecciones que son muy provechosas para quien sabe utilizarse de ellas.

ISAB. A veces bajo el exterior mas puro...

LUIS. La seduccion es un proteo, cuyas formas varían segun las circunstancias; y el lobo tambien suele vestir la piel de cordero.

ISAB. Es verdad: nada quiero ocultar á usted. Ayer mismo ese hombre...

LUIS. (*Interrumpiéndola.*) Lo sé todo, Isabel, y todo lo perdono. La experiencia enseña mas que los buenos consejos. ¿Quién habrá en el mundo que pueda decir: yo no tengo nada de que arrepentirme?

ISAB. El que tiene un corazon tan indulgente y tan bueno.

LUIS. D. Juan sale, y Carolina está sola.

ISAB. Luis...

LUIS. (*Tendiéndo e afectuosamente la mano.*) Isabel, si el ángel cayó, fué porque el orgullo no dió lugar al arrepentimiento. (*Váse Isabel por la derecha.*)

ESCENA IV.

D. Juan, D. Luis.

Juan. Ya he visto el pasaporte, y está en regla. Ahora... solo falta otro para mí.

Luis. ¡D. Juan!

Juan. (*Conmovido.*) Ahí le quedará todo. Vele usted por su felicidad, y no la desampare usted cuando yo muera.

Luis. Usted delira.

Juan. Hay dolores que asesinan el corazon. Usted me conoce, y sabe que no obraré con ligereza.

Luis. Vamos, D. Juan.

Juan. Ha habido momentos en que he querido recurrir á un medio indigno de un hombre y de un cristiano. Pero Dios se ha apiadado de mí, y la reflexion me ha presentado otros recursos.

Luis. Hay determinaciones que necesitan meditarse; y no siempre las apariencias son indicios de la realidad.

Juan. (*Señalando al corazon.*) ¡Don Luis, usted no puede comprender todo lo que aquí se encierra!

Luis. Pero al fin Carolina...

Juan. (*Muy conmovido.*) ¡Carolina!.. La he perdido ya para siempre.

Luis. Cálmese usted.

Juan. Es verdad. Nada de escándalo. Todo puede hacerse, salvando las apariencias.

Luis. Permítame usted que le diga...

Juan. (*Interrumpiéndole.*) Nada, nada. Lo tengo todo bien meditado, y mi determinacion es irrevocable. Nos veremos luego. Me queda algo que arreglar, pero es poco. Despues daré á usted mis instrucciones, porque usted es honrado y sabrá cumplirlas.

Luis. Pero...

Juan. Nada. Necesito estar solo. Despues...

Luis. (*Ap.*) No quiero exasperarlo.

Juan. Dé usted una vuelta por el jardin, y...

Luis. (*Dándole la mano.*) Hasta luego.

Juan. (*Estrechándola con gratitud.*) Hasta luego. (*Váse D. Luis por el fondo.*)

ESCENA V.

D. Juan.

¡Dios mio! dame valor para concluir mi obra. Nada me queda en el mundo: nada espero. Que sea completo el sacrificio. (*Pausa.*) ¡Carolina! ¡Carolina! ¡Por qué he merecido tu ingratitud! ¡Ah! ¡voy á volverme loco! Pero... es necesario tener valor, y lo tendré. ¡Esta es la carta! (*Sacándola.*) Quiero volver á leerla, porque el tormento me prestará energía. Cada palabra es un puñal para mi corazon. (*La abre y lee.*) «Mi querido Carlos: aunque hasta ahora solo han mediado palabras, y la víctima se defiende de una manera heróica, se acerca ya el instante del sacrificio. No puede resistirme. Un rapto acabará de acreditarme. El mismo marido me proporciona un pasaporte para Inglaterra. A última hora: se ha dado la voz de alarma: el enemigo vela. Mañana al anochecer necesito un carruaje en la venta junto al camino. Adios. Tuyo, Emilio. Hoy 6 á las cuatro de la tarde.» (*Aprieta con furor la carta entre sus manos, y así arrugada, vuelve á guardarla.*) ¡Increíble parece tanta audacia y tan horrible depravacion!.. ¡Dios mio... qué hacer en este momento! Esto me causará la muerte; pero á lo menos... es preciso librarla, y la libraré. Serenidad, Dios mio, serenidad. Acaso es mas desgraciada que culpable. Quizás yo mismo... Es para volverse loco. ¡Ay! (*Pausa.*) Puedo aniquilarlo... puedo... pero no: seria rebajarme hasta él; perderla para siempre... y quiero salvarla. ¡Dios mio, iluminadme! Para ella no quedará en el mundo mas que oprobio y afrenta... para mí... ¡ay! para mí... la burla y el sarcasmo! No puedo mas: las fuerzas me abandonan... He querido hacerme superior á mí mismo... pero no puedo. (*Se deja caer en un sillon su mamente agitado.*)

ESCENA VI.

Emilio, Dicho.

Emil. (*Al salir.*) ¡Huf... el marido!

JUAN. (*Viéndole llegar.*) Él es: prudencia; quiero explorarlo.
EMIL. (*Afectando indiferencia.*) Felices, señor don Juan.
JUAN. (*Afectando tranquilidad.*) Bien venido.
EMIL. ¿Y la señora, cómo ha pasado la noche?
JUAN. Está mejor.
EMIL. Lo celebro.
JUAN. Gracias.
EMIL. (*Ap.*) ¡Qué cara tiene! (*Alto.*) ¿Quién habia de pensar?..
JUAN. Ya lo creo.
EMIL. He tenido un verdadero disgusto...
JUAN. Lo comprendo.
EMIL. La señora es sumamente impresionable; y la fatiga de la mañana...
JUAN. Sí: dió al fin sus resultados.
EMIL. Y usted está bastante pálido y ojeroso.
JUAN. Puede ser.
EMIL. ¿No ha dormido usted esta noche?
JUAN. No señor: la he pasado leyendo.
EMIL. ¡Leyendo!
JUAN. Sí.
EMIL. Deberia ser cosa muy interesante.
JUAN. Una novela, que por cierto me ha conmovido demasiado.
EMIL. ¿Cuál es? ¿Puede saberse?
JUAN. Le explicaré á usted algo del argumento. Tal vez así conocerá usted la obra de que se trata.
EMIL. Veamos. (*Se sientan.*)
JUAN. Describe el autor una casa de campo, donde una familia honrada y feliz ha ido á pasar algunos dias por alejarse del bullicio de la córte.
EMIL. ¿Qué córte?
JUAN. Cualquiera: el sitio nò hace al caso.
EMIL. Bien, bien.
JUAN. Pues señor: componíase esta fámilia de un matrimonio: él ya hombre de alguna edad; ella todavía jóven y no mal parecida. Habia además otros personajes que juegan en el asunto; pero solo quiero indicarle á usted los principales, dejando á un lado los episodios.
EMIL. Eso es.
JUAN. En la quinta recibieron á un jóven al parecer honrado, que perseguido por causas políticas, habia tenido que acogerse á la franca hospitalidad que allí se le daba,

por haber mediado las relaciones de un amigo ó pariente.

EMIL. (*Ap.*) ¡Dónde irá á parar esto!

JUAN. Pero el jóven, que era un libertino, y que no conocia respetos humanos, valiéndose de la frecuente comunicacion que tenia con la señora, por demás crédula y sencilla, se atrevió á hacerla una declaracion amorosa.

EMIL. ¿Sí, eh? ¡Fué mucha audacia!

JUAN. Pues no fué eso solo. Ya verá usted hasta dónde llegó su ingratitud y su perfidia. La señora le escuchó al principio con indiferencia; pero él vistió la seduccion con galas tan brillantes, que por fin consiguió deslumbrarla.

EMIL. ¡Sí!

JUAN. Sí, pero nada mas que deslumbrarla. ¿Comprende usted?

EMIL. Ya, ya.

JUAN. El marido, entre tanto, ignorante de lo que se tramaba contra su honra, y confiado en la aparente sinceridad del jóven seductor, se interesaba por su suerte, y buscaba los medios de salvarlo. Pero el infame, que nada de esto comprendia, teniendo en mas la satisfaccion de un bárbaro capricho (porque tampoco la amaba) que el sosiego y la felicidad de una familia honrada, á quien debia tantos beneficios, no se paraba en consideraciones. Llegó el dia en que la lucha del amor y el deber se hizo en ella tan poderosa, que al fin trastornó su cerebro, y en medio del delirio producido por la fiebre, se escaparon de sus labios algunas palabras, que hicieron comprender al marido el riesgo en que estaba su honra. (*Con emocion muy marcada.*) El marido... la amaba con idolatría... habia concentrado en ella sus mas tiernas afecciones... (*Enjugándose una lágrima.*) y era al mismo tiempo su esposo, su hermano y su padre. (*Reponiéndose.*) Perdone usted, estoy conmovido como si á mí mismo me pasara...

EMIL. (*Queriendo levantarse.*) Otro dia acabará usted de contarme...

JUAN. (*Deteniéndolo.*) No, es preciso que la escuche usted toda. La amaba el marido con aquel amor puro y santo que Dios infunde en los corazones de los que se ligan ante él con sagrados vínculos... Sabia que su esposa, modelo siempre de virtud, era mas infeliz que culpable... no podia renunciar á ella, porque ella era su vi-

da y su única esperanza en el mundo; y trató de rasgar la venda que la cegaba. Por medio de un criado fiel, centinela constante de su honra, logró apoderarse de una carta, que el seductor enviaba á un amigo suyo, tan bueno como él, donde le participaba los proyectosde un rapto.

EMIL. (*Queriendo levantarse.*) ¡Caballero!...

JUAN. (*Sujetándolo.*) ¡Quieto! Aun no se ha acabado la novela. Una mañana estaban el seductor y el marido sentados frente á frente; el jóven temblaba, porque el viejo conservaba aun bastante vigor para aniquilarlo... pero temia el escándalo, y la prudencia le sugirió otro medio. ¿No lo adivina usted?

EMIL. Creo que lo adivino: sin duda fué un duelo á muerte en un lugar ignorado. Si es así, acabemos.

JUAN. No, eso hubiera sido aumentar un crímen estéril, y dejar á la casualidad ó á la destreza lo que solo pertenece á Dios.

EMIL. ¿Y bien?

JUAN. El marido se valió de otro recurso mas noble.

EMIL. Lo comprendo. (*Con ironía.*)

JUAN. Primero lo tranquilizó, porque le causaba lástima; y luego... le entregó un pasaporte (*Lo hace.*) para que se librara de la persecucion, y aprendiera á ser generoso. (*Se levantan.*)

EMIL. (*Con efusion.*) Caballero...

JUAN. (*Con dignidad.*) A las diez estará un carruaje en la venta, junto al camino. Le queda á usted una hora para preparar su viaje. (*Váse Emilio por la izquierda.*)

ESCENA VII.

D. JUAN, *despues* ISABEL *y* CAROLINA.

JUAN. ¡Harto castigo será para él el remordimiento de su conciencia! Acaso hoy no querrá escucharla; pero llegará un dia en que su voz gritará demasiado fuerte, y entonces... su situacion será horrible.

ISAB. Ya está solo.

JUAN. ¿A quién buscas, Isabel?

ISAB. (*Con temor.*) A usted buscaba. Carolina... quisiera.... hablarle...

JUAN. Iré al momento.

ISAB. No, no es necesario. Aquí viene ella y...
JUAN. ¿Por qué se detiene?
ISAB. Aquí está.
CAR. (*A Isabel.*) Déjanos solos. (*Váse Isabel por la derecha.*)

ESCENA VIII.

CAROLINA, D. JUAN. *La primera pálida, y en extremo agitada.*

JUAN. ¿Por qué te has levantado, Carolina? Yo hubiera ido á buscarte.
CAR. Mucho mas justo es que yo venga.
JUAN. (*Despues de una pausa.*) Y bien... ¿qué quieres?
CAR. Tengo sobre mi corazon un peso que lo oprime, y necesito desahogarlo, antes que acabe el dolor con las pocas fuerzas que me quedan. Acaso las apariencias me condenarán hasta un punto que no merezco.
JUAN. Lo sé, Carolina; pero hay llagas que jamás deben sondarse. ¿Te he pedido yo explicaciones?
CAR. No, pero yo debo darlas, si tu generosidad me lo permite.
JUAN. La generosidad llega hasta cierto punto.
CAR. Solo quiero decir una palabra. Despues... me resignaré á todo.
JUAN. Hay palabras que jamás deben salir de los labios, porque abrasan como un hierro candente.
CAR. ¿Y qué, no merezco que se me escuche? La comparacion de nuestro mútuo proceder seria para mí muy desventajosa; pero...
JUAN. ¿Tienes algo de qué quejarte?
CAR. Al contrario, he pagado con ingratitud los beneficios que se me han hecho.
JUAN. Hasta ahora he sido para tí un padre tierno y cariñoso, un hermano afectuoso y franco, un amigo sincero y leal y un esposo honrado y solícito.
CAR. Lo sé.
JUAN. Hace tres años que te ofrecí mi mano y mi corazon delante del Dios, que premia á los buenos y castiga á los culpables. Me propuse hacer tu felicidad; y si para alcanzarla hubiera sido necesario el sacrificio de mi propia vida, lo hubiera hecho muy gustoso.
CAR. Es cierto.

JUAN. Te he advertido los contínuos lazos que tiende la corrupcion á la virtud de las mujeres; pero tú has confiado en tu fortaleza, ignorando que la demasiada confianza es la debilidad mas temible. El veneno de la seduccion no se conoce hasta que empieza á obrar sus efectos, y tú has escuchado palabras que te han emponzoñado el corazon.

CAR. Es verdad.

JUAN. Sé que en todo ello ha habido quizás mas aturdimiento que delito; pero la sociedad castiga hasta la menor apariencia; condena á la mujer débil á un afrentoso desprecio, haciendo del marido el blanco de sus sangrientos epígramas. Esto es cruel, injusto... pero cierto.

CAR. ¡Dios mio!

JUAN. La mujer fascinada puede quemar su honor en la llama de un aparente crímen, como la mariposa quema sus alas en el fuego que la deslumbra; pero ni el honor de la mujer, ni las alas de la mariposa pueden volver á su primer estado.

CAR. Sé que no tengo derecho á pronunciar una sola palabra; sé que el esposo ofendido puede rechazarme justamente de su presencia, porque á un esposo se ofende hasta con el pensamiento. No trato de atenuar mi culpa, para que la pena de tu enojo sea menos grave... pero necesito hacer esta confesion; sí, necesito hablar, acaso por la última vez, al esposo, para que no me maldiga, al hermano para que me perdone, y al padre para que me consuele.

JUAN. ¡Carolina!...

CAR. La mujer es criminal desde que abre sus oidos á las palabras de la seduccion, lo sé; he cometido ese crímen y no quiero ocultarlo. He ofendido al hombre mas digno de amor y de respeto; al que elevándome hasta él para darme su nombre y su fortuna, ha velado por mi felicidad con la tierna solicitud que vela una madre por la ventura de su hijo. He sido fascinada... pero al fin, Dios ha tenido piedad de mi, y he podido levantarme antes de caer al fondo del abismo. Rasgada ya la venda que cegaba mis ojos; desvanecido el encanto que tenia mi razon encadenada, veo con horror la distancia que media entre el esposo que nos estima y nos honra, y el seductor que nos envilece y afrenta.

JUAN. (*Queriendo ocultar su emocion.*) ¡Carolina!
CAR. Sé que es inmensa tu generosidad. Quiero alcanzar tu perdon; pero antes quiero tambien merecerlo.
JUAN. Hoy es imposible.
CAR. Mi presencia en estos instantes amargaria tu vida.
JUAN. Es verdad: debemos separarnos. Te quedará mi fortuna... Mi corazon de nada puede servir á quien...
CAR. ¡Ah!
JUAN. Puedes fijar tu residencia donde te agrade.
CAR. Solo un convento debe habitar la mujer honrada que vive lejos de su esposo. Lloraré en él mi debilidad... y si alguna vez la amarga expiacion puede purificarme á tus ojos... no me niegues la esperanza de volver á tí en busca de proteccion y consuelo.
JUAN. (*Rechazándola dulcemente.*) Basta, Carolina, basta.
CAR. Que no pese tu maldicion sobre la infeliz que se arrepiente y que llora.
JUAN. (*Ap.*) No puedo mas.

ESCENA IX Y ULTIMA.

ISABEL, D. LUIS, DICHOS, *despues* BLAS. *D. Luis aparece en la puerta del foro; Isabel en la de la derecha, D. Juan y Carolina se han separado: el primero para ocultar su dolor y sus lágrimas, la segunda desolada y llorosa. Isabel se aproxima á su hermana, que se deja caer abatida en sus brazos. D. Juan, dominado por la emocion, estrecha las manos de D. Luis, volviendo el rostro para ocultar el llanto.*

ISAB. ¡Carolina!
CAR. ¡Isabel!
LUIS. ¡Don Juan!
JUAN. ¡Don Luis!.. nos separamos.
CAR. Voy á un convento.
LUIS. Es imposible.
ISAB. ¡Dios mio!
JUAN. Que no vea este llanto, miserable prueba de mi debilidad.
LUIS. Las lágrimas son el jugo del corazon, y no brotan jamás cuando está seco. La debilidad de los ojos suele tambien revelar la fortaleza del alma.
CAR. Adios... voy á morir... ¡á morir, Dios mio! ¡A morir... sin escuchar de tus labios una palabra de consuelo! A

morir con el corazon despedazado por remordimientos crueles... dejando en tu alma una duda fatal que aniquilará tu existencia. Déjame por la última vez besar tu mano de rodillas. Mi expiacion será entonces menos amarga, y al morir tendré el consuelo de que me has tendido tu mano, y moriré bendiciendo tu nombre.

JUAN. Carolina...

CAR. Dios sabe que no soy indigna del perdon que espero.

JUAN. Y yo tambien: ángel de virtud y de pureza. Vuelve á los brazos del esposo que te perdona, del hermano que te ama y del padre que te bendice. (*Se abrazan.*)

CAR. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

ISAB. ¡Carolina!

CAR. ¡Isabel!

LUIS. (*A D. Juan.*) La mujer no olvida nunca una accion generosa.

JUAN. (*Volviendo á abrazarla.*) Y yo no olvidaré jamás que sus lágrimas la han purificado, y que la virtud sale mas radiante del dia de la prueba. (*Se ve atravesar á Blas con Emilio por la verja del foro: aquel lleva una maleta, la cual arroja al suelo al ver á Carolina en los brazos de su esposo; y despues de señalar á Emilio la direccion que ha de seguir, entra en la escena cerrando la puerta, y viene á besar con efusion y enternecimiento la mano de D. Juan.*)

ISAB. Aquí está Blas. Gracias á Dios que el otro pícaro se aleja. Y si supiera Carolina...

LUIS. ¡Pobre mudo!

JUAN. (*A Blas.*) ¡Ven: un abrazo! Tú te alegras tambien de mi felicidad, porque eres honrado y bueno.

BLAS. (*Hace repetidas señales afirmativas y se enjuga una lágrima.*)

ISAB. ¡Desgraciado!

JUAN. (*A Blas.*) Ahora saldremos de aquí. ¿Tú lo deseas?

BLAS. (*Hace repetidas señales negativas.*)

CAR. Dice bien Blas. Nos quedaremos todos.

ISAB. (*Interrogando con la vista á D. Luis.*) ¿Todos?

LUIS. (*Estrechándola afectuosamente la mano.*) Sí, todos.

CAR. Nadie turbará en adelante nuestro sosiego, y Dios me perdonará, como mi esposo me ha perdonado.

FIN DEL DRAMA.

Esta comedia ha sido examinada por la censura, que no opone inconveniente á que sea permitida su representacion. Madrid 2 de Diciembre de 1857.

FERNANDO COS-GAYON.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los a os mil...
Amor de antes
Antes que te cases...
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Abelardo y Eloisa.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Castor y Polux.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Delirium tremens
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
De audaces es la fortuna.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera:
Dos artistas.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la
El Licenciado Vid
¡En crisis!!!
El Justicia de Arago
El Caballero del milagro
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El gitano, ó el hijo de las Alp - jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Grazalema.
Gasdar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.!
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La choza del almadreño.
Los Amantes de Teruel.
La Verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La Boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de san Fernando.
Las Flores de don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La vida de Juan Soldado.
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la caridad.
La cruz en la sepultura.

La ninfa iris.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Los dedos huéspedes.
Los tres amores.

Mi mamá
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Martin Zurbano.
Mocedades!

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra Nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Pescar a rio revuelto.
Piensa mal y errarás.

Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.
Por una hija...
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.

Rival y amigo.

Su Imagen.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Un Amor á la moda.
Un dia de prueba.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Una idea feliz.
Un Huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un anuncio en el Diario.
Una ráfaga.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo,
Una mujer de historia.
Uno de tantos
Una leccion de mundo.
Un hijo natural.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Alumbra á este caballero.
A última hora.
Angélica y Medoro.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Escenas en Chamberí.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lirico).

El dominó azul.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El mundo á escape.
El relámpago.

Guerra á muerte.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La Jardinera.
La huérfana.

La espada de Bernardo.
La caceria real.
La hija de la Providencia.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La Roca negra.

Mateo y Matea.
Marina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres para una.
Tres madres para una hija.

Un dia de reinado.
Un viaje al vapor.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40 cuarto segundo de la izquierda.